

## Sobre *El Coitao*

GONZÁLEZ DE DURANA, Javier. *“El Coitao. Mal llamo”*. Periódico artístico, literario y radical de Bilbao. Bilbao: Ediciones El Tilo, S.L., 1995; 366 págs.

De finales de enero a finales de marzo de 1908 vio la luz en Bilbao una publicación satírica que, en su corta vida, reunió con creces suficientes méritos para que su evocación a casi nueve décadas de distancia no carezca de interés. Si el semanario *El Coitao* ocupa un lugar modesto pero significativo en la historia cultural de la villa ello hay que atribuirlo sin duda al entusiasmo de sus jóvenes impulsores, y también a la calidad y a la osadía de algunas de sus producciones y colaboraciones. Entre sus redactores e ilustradores encontramos nombres muy conocidos: Ramón de Basterra –cuya actitud equívoca y pusilánime algo tuvo que ver también con la temprana muerte de la publicación–, Tomas Meabe y Ricardo Gutiérrez Abascal («Juan de la Encina») entre los escritores; los hermanos Alberto y José Arrúe, Angel Larroque, Gustavo de Maeztu y Nemesio Mogrovejo entre los pintores (a los que habría que añadir colaboraciones de intelectuales tan acreditados como Miguel de Unamuno, José M<sup>a</sup> Salaverría o Ramiro de Maeztu, entre otros). Gracias al estudio introductorio de Javier González de Durana sabemos, sin embargo, que los máximos impulsores del proyecto fueron los artistas plásticos, limitándose los literatos más bien al papel de comparsas. Casi todos eran muy jóvenes –tan sólo dos habían entrado en la treintena– y, como subraya Durana, este aspecto generacional es una de las claves de una publicación tan atrevida e irreverente. En efecto, pese a buscar el patrocinio de gentes maduras y respetables como el rector de la Universidad de Salamanca, lo cierto es que *El Coitao* fue la primera –y estridente– tribuna pública de un grupo de pintores bisoños que, desde su tertulia de la rotonda del café Arriaga, pugnaban por hacerse un lugar al sol en el limitado ambiente artístico e intelectual de la villa (en este sentido, la inmediata fundación de la Asociación de Artistas Vascos, la apertura del Museo de Bellas Artes bilbaíno, o la posterior dispersión del grupo en los años de la guerra europea serían otros tantos hitos de una secuencia de inserción progresiva de los jóvenes artistas en el *establecimiento* en el que sus mayores habían ya buscado acomodo).

Como observa el editor, el semanario que –no sin algunas vacilaciones– sería bautizado como *El Coitao* se cionó en buena medida, desde el punto de vista formal, a la pauta de ciertas revistas barcelonesas coetáneas, como *Els Quatre Gats* o el *Cu-Cut*. Conviene añadir, sin embargo, que el periódico bilbaíno se inscribe en una amplia tradición de publicaciones festivas cuya eficacia satírica reside tanto en la causticidad de sus textos como en el vigor de la ilustración gráfica. Desde esta perspectiva es evidente que *El Coitao* forma parte por derecho propio, más allá de los naturales matices de tiempo, lugar e ideología, de la progenie de *El Zurriago*, *Fray Gerundio*, *El Guindilla*, *El Guirigay*, *Fray Tinieblas*, *Gil Blas*, *El Motín*, *El Tío Camorra*, *El Padre Cobos*, *Gedeón*, *El Acabóse y tutti quanti*. Me refiero a esa caudalosa corriente de prensa satírica española que, en su vasto abanico de afluentes, podía exhibir –en el país del anticlericalismo y el esperpento– ciertas publicaciones especializadas en esa fingida inocencia de quien se disfraza de manso cordero para mejor asestar sus jocosas dente-lladas: un subgénero periodístico-literario que cuando menos arranca de los escritos del abate Miñano y que, pasando por Larra –*El Pobrecito Hablador*–, llega al siglo XX en publicaciones como las barcelonesas *El Chiflado* o el *Cu-Cut*; una estirpe, en fin, que no carece de

representantes en el Bilbao decimonónico (pienso en efímeras publicaciones bilbaínas poco conocidas de la década de 1860 como *El Ganorabaco* o *El Chisgarabís* que, ya desde su título, revelan un evidente parentesco con nuestro *Coitao*). Todo ello, claro está, desde una coordenada específicamente bilbaína (y, por ende, vasca) que, a los habituales objetos de chanza en esta clase de publicaciones –burguesía bienpensante, jerarquía eclesiástica–, añade algunos motivos señaladamente locales –el bizkaitarrismo y el jesuitismo en el plano ideológico; la Universidad de Deusto o la Escuela de Ingenieros, en el plano institucional–.

Lo cierto es que la revista proporcionó a Unamuno una plataforma de «*Kulturkampf*» idónea para lanzar sus andanadas contra la «beocia bizkaitarresca» (ahí está, por ejemplo, su famoso artículo “¿Por qué se emborracha el vasco?”, nº 3, p. 2, respuesta a otro de Salaverría sobre el mismo tema, que tuvo la virtud de despertar una acalorada polémica en varios periódicos locales), y a Tomas Meabe o Gustavo de Maeztu (bajo el seudónimo “Jorge de Erasó”) para vindicar, frente al purismo intransigente, antiliberal y antiespañol de Arana, la denostada civilización *maketa* (véanse respectivamente los artículos “Bilbao, villa maketa” del primero, nº 5, pp. 4-5, y “Arana. Cuándo le conocí”, del segundo, nº 6, pp. 2 y 3). Se comprende que el desenfadado radicalismo de los *soi disant* «coitao», más allá de la natural reacción defensiva de los principales blancos de sus críticas, no fuese muy bien acogido en el Bilbao culturalmente pacato y provinciano de principios de siglo: “*El Coitao* –sentenciaría escuetamente Estanislao M<sup>a</sup> de Aguirre años después– fue una equivocación de medida. Era demasiado semanario para el Bilbao de aquella época”. Por lo que respecta a sus principales adversarios ideológico-políticos, si del lado de los nacionalistas el contraataque pareció limitarse en lo sustancial a varios rifirrafes periodísticos (desde las páginas de los semanarios *Euskalduna* y *Aberri*), la contraofensiva procedente de las filas jesuíticas fue más taimada y letal, puesto que finalmente lograría forzar el cierre del periódico (que a decir verdad adolecía de falta de público).

Recuperamos ahora, gracias al meritorio empeño de Javier Glez. de Durana, esas páginas llenas de palabras mordaces e ilustraciones interesantes que harán las delicias del lector curioso, el amante de la pequeña historia local, el estudioso del periodismo vasco o el simple aficionado a la prensa gráfica. Lástima que el formato elegido y el estado de conservación de los originales no siempre permitan una cómoda lectura de los textos reproducidos en facsímil. Sólo nos resta felicitar y agradecer a los bibliófilos de El Tilo por esta espléndida edición, enriquecida en esta ocasión con una docena de ilustraciones originales de Daniel Tamayo (además de una veintena de reproducciones de grabados, fotografías y retratos de varios personajes relacionados con esa efímera aventura artístico-periodística, que acompañan a un amplio apéndice documental que incluye un puñado de artículos aparecidos en distintas publicaciones, algunas conferencias relativas a sus impulsores, y también una docena de cartas cruzadas entre editores y colaboradores de la revista).

Pero, más allá de lo que estas páginas felizmente arrancadas al olvido tienen de arqueología, de testimonio de una época y un país, tal vez no sea ocioso preguntarnos por la sorprendente vigencia de algunos de sus pasajes más corrosivos. Si, como nos tememos, algunos artículos todavía conservan –a casi un siglo de distancia– buena parte de su capacidad de irritar en determinados ambientes, hay motivos para pensar que esa dolencia social que Unamuno resumía en el término *beocia* se haya hecho crónica en ciertos sectores y, *mutatis mutandis*, sea necesario por tanto seguir administrando a nuestra sociedad antídotos contra ese veneno moral que al menos palíen los síntomas más alarmantes del mal. En tal caso me

atrevo a sugerir que en estos tiempos de tribulación para el ciudadano pacífico y las gentes de bien y de renovado culto a la barbarie neobeocia, cuando nos debatimos entre los vándalos que, ebrios de banderas y cantos épicos, periódicamente ocupan la calle al grito de *viva la muerte*, y el ceño fruncido y la palabra airada de nuestros adustos pastores de pueblos (que parecen estar perpetuamente enojados, y no siempre contra quienes debieran), no sería mala idea recuperar esa *otra* tradición bilbaína de la agudeza oportuna, la pulla liberadora y el humor zumbón. ¿No habrá quien se anime a refundar otro *coitao* dispuesto a saltar a la arena pública armado sólo de lápiz y pluma para poner en solfa toda esa profusión de trascendentalismos agonísticos y de solemnes vaciedades que almidonan nuestra vida pública? Al fin y al cabo, como escribió Unamuno (que un cuarto de siglo más tarde sufriría en su propia persona, de la mano de Millán Astray, el ataque de esa otra beocia desmandada –acaso, en el fondo, la misma–, patriótica y militarista) “no hay como la ironía para zurrar y batanar los espíritus. (...) [la burla, el aguijón y la cantaridina son] la mejor medicina para convertir los espíritus dogmáticos en críticos”.

*Javier Fernández Sebastián*